

Anímese ese te viva que pensara hasta el cielo. Esta te llamo  
te de valor y confianza, y seras la mujer fuerte que tan difícil  
es encontrar: "Mujerem fortem puta Laventaria?"

Tales eran las expresiones que el buen Padre le dirigia en  
su viaje a Grenoble. Más enérgicas conveña que hubieran sido  
cuando atravesó la Francia desde Lyon hasta Poitiers. Entonces  
si no halló siempre las comodidades del siglo XIX, y tuvo que  
hacer varias jornadas a paso lento, sobre un carro sin muelles,  
sentada en un monón de hierro seco, y sin asistencia el todo que  
guardaba a Santa Teresa.

La doca pluma de moderno escritor nos ha hecho familiar en  
estos días la romántica historia de la frustrada fundación de  
Pastorano, con los caprichos y curiosidad femenil de la famosa  
Princesa de Eboli, y la inocente vigilancia sobre sí misma a  
que ésta obligaba a Santa Teresa. Lo que no nos dice el elegante  
escritor, pero sí la Santa misma, es su encuentro con fray Juan  
de la Miseria, T. Mariano de S. Benito y otros varios ermitaños,  
de diversas lenguas e indole, que junto la reformadora e hizo en  
jefatura a la regla del Carmelo. Algo me recuerda este incidente  
el encuentro de Magdalena Golla con Filippina Duchesne a las puertas  
de Grenoble, y la entrada de ésta y otras varias antiguas  
monjas en diversas órdenes, en el Instituto del S. Corazón.

Llegó el año de 1879; el número de casas del S. Corazón pasó  
de ya de cuarenta, y se juzgó necesario dar una nueva organiza-  
ción a la Sociedad. Reunieronse las Madres principales en congre-  
gación general; esa sexta congregación general, de infante me-  
moría, que estuvo a punto de borrar la Sociedad del S. Corazón  
de la superficie de la tierra. De ella nacieron ciertos decretos  
que alborotaron a la Sociedad, a la Iglesia y al Gobierno de  
Francia. Se decretó la división en provincias; hasta aquí nada  
habla de mal. Se tomaron varias medidas, que no es este el mo-  
mento de recordar, y que el mundo exterior no llamaron la aten-  
ción. Pero he aquí que la secretaria general, por sí y ante sí,  
cambia en el prólogo de las Constituciones esta frase trascenden-  
te: "el fin principal de la Sociedad es GLORIFICAR AL SACRAMEN-  
TO DE JESUS." Esta habla sido la manzana de la discordia en  
tre St. Bateve y el Padre Varin, y ahora una pizca de error  
tar a este último el fruto de sus victorias, y a la Sociedad has-  
ta su nombre. No lo sufre el antiguo Padre de la Fe, ahora je-  
suita, vivo todavía e influente.

Más recias tempestades suscitó la idea de trasladar la resi-  
dencia de la Madre General de París a Roma. Proponió el episcopo  
de Francia; el Gobierno declaró que si no volvía el Instituto a  
su primitiva regla, suprimiría la congregación en Francia y le  
ditaría sus casas y bienes. Fue preciso ceder; pero después de  
cuatro años de desavenencias y luchas, en que la Madre General se  
encontraba, según ella misma escribió, como el carro del Profeta  
Espúriel, tirado en cuatro onerosas direcciones. Afortunadamente

no la abandonó ni un momento su espíritu de obediencia y sumisión  
a la Iglesia, y salió ilesa de esta prueba terrible, sin perder-  
ni una casa, ni una sola religiosa.

Esta es la única verdadera tempestad que haya tenido que su-  
frir, a mi ver, la nave del S. Corazón en los 107 años que lleva-  
de existencia. De éstos, más de cuarenta la he seguido de cerca,  
y la he contemplado siempre serena y majestuosa, caminando vien-  
to en popa, y sin exponerse a serios peligros. No es que le ha-  
yan faltado contradicciones; pero no han sido más que esos agua-  
ceros, o esas brisas de costado que encuentra en su curso todo -  
navío. Aun éstas se habrían evitado, si no se hubiera obstinado -  
algunas veces en pedir remolque a ciertas sociedades o ciertos -  
partidos políticos, que al atarla a su casco, tenían que comuni-  
carle sus propios riesgos y sus propios desastres. (1)

En medio de todas estas luchas, disensiones y encontrados pa-  
receres, la única que permanecía imperturbable era la Madre Gene-  
ral. Como en otro tiempo Santa Teresa, sólo la movían los manda-  
tos de su confesor y superiores eclesiásticos, y aun a las reve-  
laciones e inspiraciones particulares daba poco crédito, mien-  
tras no las confirmaba la autoridad del Vicario de Cristo. Por -  
esto, practicó siempre las altas virtudes que minuciosamente se-  
relatan en la historia de su vida, y en cuyos pormenores no me -  
ha parecido conveniente detenerme. Bástame con habérsela mostra-  
do semejante a la nave de los Proverbios, por su obediencia, su-  
fortaleza, su docilidad, su constancia, su celo. Con tan altas -  
dotes, con sus velas íntegras, y limpio su casco como si acabara  
de salir del astillero, después de mil viajes y de haber llevado  
durante sesenta y cinco años ricas provisiones de ciencias y de -  
virtud a todas las playas del Orbe, entró por fin al puerto de -  
salvamento de la eterna gloria, donde hoy nos la muestra la mano  
inefable del Sumo Pontífice.

(1).- Cuando se eligió por primera vez superiora general, el Pa-  
dre Varin se retiró de la dirección de la Sociedad. Pertenecía en  
tonces a los "Padres de la Fe", vistos de reojo por el Gobierno, y  
no quiso comprometerla. No siempre comprendió el S. Corazón este -  
desinterés; y cuando, en años recientes, el Padre Anderledy, General  
de la Compañía prohibió a sus súbditos una unión demasiado estre-  
cha con las monjas, no todas se conformaron con sus sabias deci-  
siones. Mucho menos las aceptaron, cuando quien las dictó fué Mon-  
señor Affre, el insigne Arzobispo de París, que murió mártir de la  
caridad, en las barricadas; y sin embargo, no lo movía, como se han  
atrevido a decir algunos historiadores, la antipatía a tal o cual  
Instituto, sino el bien de la Sociedad. Igual ha sido el ánimo e -  
idéntica la sana intención de otros Prelados que han dictado me-  
didas análogas, y han sido de igual suerte mal comprendidos y -  
peor retratados.

no la abandonó ni un momento su espíritu de obediencia y sumisión a la Iglesia, y salió a las pruebas terribles, sin perder ni una sola palabra.

Esta es la única verdadera tempestad que haya tenido que sufrir a mi vez, la nave del Sagrado Corazón en los 107 años de existencia. De estas, más de cuarenta la he seguido de cerca, y la he contemplado siempre serena y majestuosa, caminando sobre el agua, y sin exponerse a serias peligros. No es que se haya salvado por casualidad; pero no han sido más que esas aguas, esas pruebas de contacto que encuentro en su camino todo un mundo. Aun estas se habrían evitado, si no se hubiera encontrado algunas veces en algún momento a ciertas sociedades o partidos políticos, que al estar a su caso, tenían que cumplir con sus propios fines y sus propios deberes. (1)

En medio de todas estas luchas, dificultades y encuentros sucesivos, la única que permanecía imperturbable era la Madre Goetz. Como en otro tiempo Santa Teresa, así la madre Goetz, con los de su consorcio y superiores eclesiásticos, y aun a las revoluciones e inadaptaciones particulares daba poco crédito, más que a las confirmaciones de la autoridad del Vicario de Cristo. Por esto, prescindiendo siempre las altas virtudes que minuciosamente se relatan en la historia de su vida, y en cuyos momentos me he parecido conveniente detenerme. Bástame con haberlos mostrados semejante a la nave de los profetas, por su obediencia, su fortaleza, su docilidad, su constancia, su celo. Con tan altas dotes, con sus velas íntegras y limpias en caso de escalar de salir del astillero, después de mi viaje y de haber llevado durante sesenta y cinco años ricas provisiones de estanca y de virtud a todas las playas del Orbe, entró por fin al puerto de salvamento de la eterna gloria, donde hoy nos la muestra el inefable del Sumo Pontífice.

(1) -- Cuando se eligió por primera vez superiora general, el Padre Varin se retiró de la dirección de la Sociedad. Pertenece a los "Padres de la Fe", videntes de rezo por el Gobierno, y no quiso comprometerla. No siempre comprendió el Sr. Goetz en este género; y cuando, en años recientes, el Padre Andrieux, general de la Compañía prohibió a sus súbditos una unión demerita de las con las monjas, no todas se conformaron con sus sabios alocuciones. Mucho menos las aceptaron, cuando quien las hizo fue el señor Alfie, el instigador de París, que murió en la caridad en las cárceles; y sin embargo, no lo movió, como se ha atribuido a hacer algunas historietas. La antipatía a tal o cual instituto, sino el bien de la Sociedad. Igual ha sido el mismo a idénticas la sana intención de otros Prelados que han dicho en idénticas analogías, y han sido de igual suerte mal comprendidos por retratados.

Deben excitar nuestro celo: I I I

Cuéntase que, mientras se conservó en el ejército español la antigua organización, se consideraba a D. Íñigo de Oñez, como si aún tuviera el mando de aquel tercio que tanto se distinguió en la defensa de Pamplona. "San Ignacio de Loyola", se gritaba al pasarle revista. "Como presente en el cielo", contestaba el sargento; y como presente se le anotaba en el escalafón.

No he tenido la curiosidad de investigar si esto es un hecho, o una de tantas leyendas; pero sí puedo aseguraros que un Fundador nunca muere, y que así como la Iglesia Universal es la Humanidad de Cristo, siempre vivo, así un instituto se considera como el cuerpo mismo del Santo que lo fundó, animado de continuo por su alma inmortal.

Conforme a este principio debemos considerar a la Madre Barat, gobernando su Sociedad, aun después de su glorioso tránsito, y contemplar a ésta como la misma nave velera y bien acondicionada que ha sabido siempre salvarse de las recias tempestades y seguir imperturbable su rumbo. Os indiqué al principio que los historiadores de la Sociedad atribuyen a la Madre Goetz la organización perfecta de los estudios, que constituye el segundo período de la fundación. Yo la atribuyo a la misma Madre Barat, presente en el cielo; y a ella le doy el mérito de ese gobierno dulce y maternal (que algunas llegaron a tachar de débil) de la nunca bien llorada Madre Adela Lehon, en cuyo generalato se hicieron tantas fundaciones, y se llevaron a cabo tan gloriosas empresas, sin estrépito ni ruido, sin jactancia ni vanagloria, sin lastimar a nadie ni herir susceptibilidades.

Cuando un capitán prevee una tormenta, y tiene por inminente el naufragio, se dedica desde luego a aligerar la nave, y echa a pique el mejor cargamento, aunque a los poco expertos pasajeros cause maravilla la inopinada maniobra. Y maravilla causó en efecto el sacrificio de tantas valiosas mercancías, con que de repente se aligeró la nave del Sagrado Corazón, cuando nada hacía prever la tempestad, y el sol brillaba sereno en el firmamento. -- Ay! nada valió para conjurar la tormenta, y todavía contempláis atónitas los estragos del furioso vendaval. No habrá modo de aplacar la ira divina? Queda todavía algún Jonás sin arrojar, escondido en el fondo de la nave?

Cuando en el siglo antepasado se desató aquella furibunda tormenta, cuyos destrozos vino a reparar en parte vuestro instituto, así se expresaba vuestra bienaventurada Fundadora. "Sabéis que la Revolución fué el instrumento de la justicia divina, para castigar la relajación que se había introducido en el seno de Comunidades en un tiempo fervorosas. Ligeras brechas en la regla y en los votos acarrearón insensiblemente desórdenes reales y efectivos, que produjeron la ruina total. Estos recuerdos, cuánto --

...mientras se conserva en el ejército español la-  
antigua organización, se consideraba a D. Lázaro de Góez, como el  
aún viviente el modo de aquel tiempo que tanto se distinguió en  
la defensa de Pamplona. "San Ignacio de Loyola", se gritaba al  
pasarle revista. "Como presente en el cielo", contestaba el ser-  
gente; y como presente se le anotaba en el escalón.

No he tenido la curiosidad de investigar si esto es un hecho  
o una de tantas leyendas; pero sí puedo aseguraros que un funda-  
dor nunca muere, y que así como la Iglesia Universal es la suma  
unidad de Cristo, siempre vivo, así un Instituto se considera co-  
mo el cuerpo mismo del Santo que lo fundó, animado de continuo  
por su alma inmortal.

Conforme a este principio debemos considerar a la Madre Barát  
gobernando su Sociedad, aun después de su glorioso tránsito. Y  
contemplar a ésta como la misma nave velera y bien acondicionada  
que ha sabido siempre salvarse de las terribles tempestades y se-  
guir imperturbable su rumbo. Os indico al principio que los his-  
toriógrafos de la Sociedad atribuyen a la Madre Góez la organiza-  
ción perfecta de los estudios, que constituyó el segundo período  
de la fundación. Yo la atribuyo a la misma Madre Barát, presente  
en el cielo; y a ella le doy el mérito de ese gobierno dulce y  
maternal (que algunas llegaron a tachar de débil) de la misma  
bien florida Madre Abela Leñon, en cuyo generalato se hicieron  
tantas fundaciones, y se llevaron a cabo tan gloriosas empresas,  
sin estrépito ni ruido, sin jactancia ni vanagloria, sin fasti-  
do ni vanidad ni herir susceptibilidades.

Quando un capitán previene una tormenta, y tiene por inminente  
el naufragio, se dedica desde luego a aligerar la nave, y echó a  
pique el mejor cargamento, aunque a los pocos expertos pasajeros  
cansa maravilla la inopinada maniobra. Y maravilla cuando en efec-  
to el sacrificio de tantas valiosas mercancías, con que se repen-  
te se aligeró la nave del Sagrado Corazón, cuando nada había pre-  
sencilla la tempestad, y el sol brillaba sereno en el firmamento.  
¡Ay! nada valió para conjurar la tormenta, y todavía contemplá-  
stónicamente los estragos del furioso vendaval. No habrá modo de  
explicar la ira divina? ¿Qué todavía algún Jónas sin arrojar, es  
condido en el fondo de la nave?

Quando en el siglo antepasado se desató aquella furibunda tor-  
menta, cuyos destrozos vino a reparar en parte nuestro Instituto  
— así se expresaba vuestra bienaventurada Fundadora. "Sabéis que  
la Revolución fue el instrumento de la justicia divina, para cas-  
tigar la rebelión que se había introducido en el seno de Romu-  
— luidas en un tiempo feroces. Ligeros brachas en la regia y  
en los votos acarrearon inmensamente desdichas terribles y efec-  
— tivos, que produjeron la ruina total. Estos recuerdos, cuánto

deben excitar nuestro celo para la observación puntual y genero-  
sa de los deberes que nuestra vocación nos impone."

Oh bienaventurada Madre! Hoy que la Revolución ha tocado a tu-  
tus hijas y ha cerrado tantos de tus propios conventos, estas pa-  
labras que escribiste o pronunciaste en vida, les causan positi-  
vo terror. Permíteme que yo las tranquilice y les diga, como Je-  
sucristo a sus discípulos, con motivo del ciego de nacimiento: -  
ni él ni sus padres pecaron; pero Dios permitió esta desgracia -  
para dar mayor gloria a su nombre. No han faltado la obediencia -  
ni la observancia en las casas del Sagrado Corazón de Jesús, que  
la Revolución ha barrido, La Providencia se ha valido de este me-  
dio para enderezar el rumbo de la nave hacia regiones a que ja-  
más habría vuelto la proa. El Egipto, el Japón, Colombia, han po-  
dido así recibir los beneficios de una educación superior en que  
jamás hubieran soñado; el reinado del Sagrado Corazón se ha ex-  
tendido de esta manera, y sus religiosas, además de adquirir nue-  
vos méritos, han podido mostrar al mundo que se equivocaba cuan-  
do le atribuía gustos y formas de enseñanza exclusivamente aris-  
tocráticas.

ELOGIO FUNEBRE

Bien sabíamos, bienaventurada Madre, que tú estabas siempre -  
al timón de tu nave; pero ahora el infalible Oráculo del Vicario  
de Cristo ha venido a confirmar nuestra dulce confianza. Los mi-  
lagros que tu intercesión ha obrado, y sin los cuales no habrías  
sido elevada a los altares, nos han venido a probar que estabas  
siempre con tus hijas, y que no eran vanas ilusiones cuando sen-  
tían que tu soplo las animaba.

Redobla ahora tu protección, y extiéndela a cuantos hemos co-  
operado a tu obra gloriosa. Vuelve los ojos a los pocos mortales  
que, habiéndote conocido en la tierra, aún luchamos en este mar-  
de la vida. Acógelos en tu nave, aunque parezca a sus tripulan-  
tes que su peso pueda hacerla zozobrar. Sirveles de estrella y  
de Norte, y condúcelos al puerto de salvamento en que tú has fi-  
jado el áncora de adamante, después de haber llevado el pan de -  
la ciencia y de la virtud a todas las regiones del Orbe: "facta-  
est quasi navis institoris, de longe portans panem suum." Así --  
sea.

